

## VIÉNDOLAS VENIR<sup>1</sup>

*María Encarnación Cabello Díaz  
Andrés Camino Romero*

### RESUMEN

El marqués de Larios nos habla desde su pedestal de los cien años transcurridos a partir de su colocación en uno de los lugares más céntricos de Málaga. Recogemos cuál podría ser su pensamiento a través de ideas sueltas (párrafos), al integrarse en la historia ciudadana, especialmente en los días de Semana Santa.

**Palabras claves:** Viéndolas venir, marqués de Larios, Semana Santa, Alameda, cofradías y hermandades y monumento.

### I

¡Cuántos años, cuánto tiempo, cuánta vida!

Nunca me fui de aquí, y eso que, cuando reclamaron mi presencia desde arriba, desde el cielo, la tierra que yo pisaba y el cielo que yo veía me eran extraños y lejanos, aunque los hubiera conocido antes.

El último aire que respiré, a la manera de los mortales, fue el de París, sin pensar, sin soñar siquiera que no era el definitivo, que el aire malagueño me esperaba y que sería mi compañero eterno.

El agradecimiento de esta "muy hospitalaria" ciudad fue la causa de que yo me quedase para siempre delante de mi casa, delante de mi calle y al lado de los míos.

Y aquí estoy, *VIÉNDOLAS VENIR*.

Cien años contemplando cómo la vida discurre a mi alrededor. Testigo impasible de la existencia de varias generaciones que me ven, pero no me miran.

Vienen, pasan, siguen, me echarían de menos si no estuviera, intuyen mi presencia, pero no se detienen.

Algo parecido a lo que ocurre con el mar. Málaga vive de espaldas al mar; no contempla el mar a diario, pero Málaga sabe que el mar está ahí. Mis paisanos necesitan respirarlo, notarlo y sentirlo, pero muy pocos van a verlo cada día.

Y a diario se cruzan conmigo. Yo los veo, los siento; oigo sus conversaciones, los ruidos de sus coches, observo sus prisas, sus rostros, serios, alegres, maduros, infantiles... Sólo los forasteros se interrogan acerca de mi presencia. Algún mala-gueño ilustre, comentan.

El año transcurre aceleradamente para la mayoría de los humanos. El vivir trae consigo un continuo aferrarse al presente. ¡Hay que ver cómo pasa el tiempo! Les oigo a menudo. La continua obsesión de los mortales: el tiempo. ¡Cuánto tiempo sin verte!, se dicen unos a otros en este frecuente punto de encuentro desde donde los contemplo.

¿Y yo?, ¿he sobrevivido al tiempo?

Desde aquí arriba los días se unen con las noches, unas horas con las siguientes, pero siempre, en todos los instantes de mi segunda vida, he notado presencia vital a mi alrededor. No conozco la sensación de soledad.

Ni el frío, ni la lluvia, ni la noche... detienen la vida que late junto a mí.

Entonces, ¿por qué aguardo con impaciencia que llegue la primavera?

¿Qué acontecimiento tan especial tiene lugar en torno a mí en esas fechas?

Como casi siempre, desde mi atalaya de bronce, viviré unos días mágicos, con momentos maravillosos, a través de toda una semana.

Y de todos, seré el único que no se moverá de su sitio.

Estaré parado, quieto y VIÉNDOLAS VENIR por la Alameda.

## II

Creo que la fecha exacta en que mi espíritu salió de la oscuridad del panteón familiar fue la del 1 de enero de 1899. Después de reposar cuatro años junto a las Hermanitas de los Pobres, de pronto, un buen día, abro los ojos a la luz del Mediterráneo.

Era un domingo, como siempre, como hasta ahora. El día del Señor separa mi frontera entre la cotidianidad y el entusiasmo.

El Ayuntamiento en pleno, autoridades, corporaciones, representaciones de todos los estamentos ciudadanos y un numeroso público, se agruparon cerca de mí.

Los encargados de devolverme a la existencia fueron el señor obispo y el alcalde constitucional. Descubrieron los paños que me ocultaban e hicieron posible el milagro de mi vuelta a la Alameda.

En aquellas inolvidables fechas, presidía la diócesis de Málaga don Juan Muñoz Herrera quien, mes y medio más tarde, sería nombrado Hijo Adoptivo de la ciudad, en reconocimiento a su meritoria labor eclesiástica.

Las otras manos que me devolvieron a la luz fueron las de don Ramón M<sup>a</sup> Pérez de Torres, el iniciador de una larga serie de primeros ediles que he visto pasar en estos cien años.

Me sobrecogió su discurso inaugural, porque sintetizó mi existencia haciendo referencia a mi caridad inagotable y a mi profundo amor al trabajo. Mencionó hechos que el pueblo malagueño no olvidaría, como mi comportamiento en las epidemias de cólera de los años 1855 y 1860; la construcción de un asilo para ancianos indigentes; mi intervención en las reformas del Hospital Provincial; el haber fomentado las empresas fabriles y mercantiles pertenecientes a mi familia, procurando el bienestar de millares de obreros; y, sobre todo, la realización de aquella gran empresa, surgida en 1845, de proporcionar a Málaga de una calle que comunicase la Alameda Principal con la plaza de la Constitución.

El representante de mi familia, en tan emotivo acto, era mi sobrino político, el marqués de Castrillo quien, emocionado, terminó su discurso de la siguiente forma: "siempre que el pueblo de Málaga necesite a la familia Larios ésta responderá agradecida a las bondades que le dispensa y así como en ese monumento se dice <Málaga agradecida al Marqués de Larios> yo, en nombre mío y en el de mi familia digo: gracias al pueblo de Málaga y todo por Málaga ¡Viva Málaga!".

Para finalizar la sentida ceremonia, la prestigiosa comitiva, precedida por los maceros municipales, se dirigió a la "Gran Casa" (como era conocida por los ciudadanos), para cumplimentar a mi sobrina Emilia, marquesa de Castrillo, quien agradeció las muestras de cariño en el gran salón principal, donde tantos acontecimientos familiares habían tenido lugar.

Mi primera tarde: un domingo en la Alameda. Añoranzas y recuerdos de sensaciones, de olores, de sueños, de paseos...

Los surtidores de la fuente de Génova me han dejado su sitio. Aquí estoy ahora yo en su lugar.

Las miradas de los paseantes no confluyen ya en las ninfas y en el águila de la llamada fuente de los Cisnes.

Sobre este asunto, evoco ahora un poema que llegó a mis manos en una vieja publicación de un insigne poeta de la tierra:

Blanco fanal, del vaso de la fuente, / con alas de alabastro se levanta / una  
águila, copiando en lo eminente / timbre de aljófár, que al rizar quebran-  
ta...

Hermoso canto barroco de Ovando y Santarén a una de las composiciones escultóricas más bellas de la ciudad, hoy casi oculta en la exuberante vegetación del Parque malagueño.

*"Viéndolas venir"*



Antigua fotografía del monumento al marqués de Larios  
(Publicada en Diario de Málaga Costa del Sol).



Instantánea del período de la II República, en la que se recoge la estatua en bronce alegórica del trabajo en el pedestal del monumento, al fondo el palacio de la familia Larios, denominado "La Gran Casa" (SUR, postales desde Málaga).

En el mármol de mi pedestal no estoy solo, una mujer y un niño, los que nunca tuve, están delante de mí. Son la expresión del cariño y de la gratitud de los malagueños. A mi espalda, la mención constante del trabajo. Hombre, mujer y niño son ahora mi familia. Dialogamos los cuatro, nos oímos, nos hablamos, nos contamos lo que uno solo no puede contemplar porque nuestros puntos de mira son opuestos. Así nos concibió Mariano Benlliure y así estamos desde aquel día de Año Nuevo de 1899.

Noticias de todo tipo, fiestas, cabalgatas, procesiones... historia de un pueblo que es el mío, que es el nuestro. Quiero contemplar la vida de esta ciudad desde la tranquilidad, el reposo y el sosiego que conceden la eternidad y la serenidad a un espíritu integrado en la ciudadanía malagueña, asistiendo al latir constante del pulso de varias generaciones.

Mi primera gran alegría fue la que supuso conocer, el 12 de febrero, el levantamiento del estado de guerra en que se hallaba la provincia y el restablecimiento de las garantías constitucionales.

Y la segunda, enterarme de la terminación, el día 14 de marzo, del hospital que mi familia construyó en el cercano pueblo de Torre del Mar.

Sumergido en estos dos alegres acontecimientos, vi llegar, con júbilo emocionado mi primera Semana Santa desde la inmortalidad del monumento.

El día 26 de marzo, fue mi primer Domingo de Ramos. Mi estreno como incondicional y fiel espectador no se produciría entonces, tendría que aguardar todavía un poco más. Mi interés por contemplar, después de tantos años al "Señor del Triunfo", nombre con el que se conocía a la entrañable y popular Cofradía de Nuestro Padre Jesús a su entrada en Jerusalén, se vieron frustrados, porque esta Hermandad seguía atravesando una época económicamente delicada y no procesionaba a su sagrado titular. Por ese motivo, mi primer Domingo de Ramos se limitó a oír repicar las campanas de la Catedral que avisaban de los cultos celebrados en ella en día tan señalado.

Ahora, en la actualidad, todos mis días de Semana Santa podría calificarlos de intensos.

En aquella época, las hermandades no disponían de recursos financieros y la mayoría de ellas se veían obligadas a que sus titulares recibieran culto en las distintas iglesias, ante la imposibilidad de exponerlos a la devoción popular.

Qué sorpresa tan maravillosa supuso para mí *VER VENIR* por la Alameda todo un estallido de estruendo y de color.

Cuando ya no lo esperaba, a la caída de la tarde del Miércoles Santo, nazarenos con túnicas blancas y rojas se acercaban hacia mí, que, confundido y asombrado, intentaba reconocer tal cortejo desde la distancia de mi vida pasada.

Había una hermandad, recordé, que salía de la iglesia del Carmen con una valiosa imagen personificando una escena de la Pasión: Nuestro Padre Jesús de

la Columna. Y la Madre, presente siempre en este doliente drama, recibía culto bajo la advocación de Nuestra Señora de los Dolores.

Ante mí, el color blanco de los penitentes, luminoso y espiritual, evocador de ángeles, de bienaventurados, de cristianos recién bautizados, de Cristo en su transfiguración...

Sobre sus pechos, el símbolo rojo del amor, de la vida, de la pasión y de la sangre de los mártires.

Oí decir a los que estaban situados cerca de mí que el desfile estaba resultando brillante, igual que el del año anterior.

Sensacional espectáculo contemplar todo el cortejo discurrir por la zona central de la Alameda, y observar con tristeza, pero con orgullo, cómo se alejaba por la calle en donde tantas ilusiones dejé convertidas en realidad.

Hoy me pregunto por el destino de ésta mi primera cofradía. Ignoro cuál sería su suerte; yo, desde aquí no acierto a comprender a qué causas se debió su desaparición. Pocas veces más la *VÍ VENIR*, y, desde entonces, sólo vive en mi recuerdo.

Sé que el Jueves Santo salió a la calle el Señor de la Puente del Cedrón, antigua hermandad que tuve la suerte de contemplar durante muchos años. No pasó por aquí, sólo oí su desfile a lo lejos.

Siempre me pregunté: ¿por qué será "La Puente"?

Este Jesús que atraviesa el torrente, camino de su Pasión, fue apodado por los malagueños como "El Callejero" en honor a su arrojo y valor para "echarse a andar" después de aquella triste revolución de septiembre de 1868.

"La Gloriosa", nombre paradójico y luctuoso para mi familia. Los hechos que sucedieron en aquellos días, marcaron de manera especial a todos los miembros de mi casa.

Vocerío de muchedumbre descontrolada y armada con fusiles, disparos contra los balcones, miedo en los rostros, mi madre huyendo por los tejados...

¡Dios, qué 20 de octubre!

Fuimos detenidos en la Aduana y, varias veces, nuestros mismos empleados intentaron matarnos.

De allí, dos días después, embarcamos para Gibraltar rumbo a un lamentable exilio, primero en París y luego en Londres.

Años después, ya aquí en Málaga, mi padre perdonó a estos hombres que nuevamente acudieron a él.

Embargado por estos dolorosos recuerdos, oí comentar que el Viernes Santo había vuelto a hacer estación de penitencia la recién creada Hermandad del Santo Sepulcro, y creo que también lo hizo la Venerable Orden Tercera de Siervos de María.

El espacio que me rodea aún no constituía paso obligado de las distintas hermandades en sus salidas procesionales, por esta causa, ahora no puede mi mente recordar lo que mis ojos no tuvieron presente.

Así terminaban mis días como espectador destacado en la Semana Santa de 1899.

Al finalizar, me fui enterando de que los preparativos de la Iglesia, con motivo del fin de siglo, se estaban poniendo en marcha en el Palacio Episcopal. Varios amigos y familiares míos habían constituido una Junta, bajo la presidencia del señor obispo, para realizar un homenaje a Jesucristo, al cumplirse, próximamente, los 1900 años de su nacimiento.

La Málaga católica se disponía a celebrar el gran acontecimiento de manera solemne.

### III

Ahora, en 1999, después de cien años de mi presencia en la Alameda, me gustaría recrear en mi imaginación los mágicos momentos vividos durante la Semana Santa, porque en esas fechas, más que en otras, me he sentido rodeado, arropado y acompañado de seres humanos, sintiendo, en todo momento, que disfrutaba de su compañía.

Es curioso, siempre me fascinó el valor simbólico de los números. En mis años de juventud me acerqué bastante a su estudio, llegando también a investigar la relación existente entre ellos y las letras.

Recuerdo, como mi preferido, el número nueve.

Es extraño, estoy aquí desde el 99, dos veces el dígito antes mencionado.

En el simbolismo numerológico, la suma de la palabra "Amén" es igual a 99. Me despertaron para traerme aquí en el año 99, y mi respuesta no pudo ser otra que acatar, aceptar y respetar la voluntad de mi pueblo.

Sólo Amén pude decir.

Y sólo Amén sigo diciendo como agradecimiento a un Dios que me permite seguir todas las escenas de su Pasión, año tras año, *VIÉNDOLO VENIR* triunfante, sufriente, amortajado y resucitado:

Me invocaré y le escucharé; / lo defenderé, lo glorificaré, / lo saciaré de largos días / y le haré ver mi salvación...

Quiero recordar todas estas escenas haciendo mención, solamente, de mis procesiones de los años terminados en 9, considerado número sagrado en varias liturgias, y por el que siento especial predilección.

#### IV

¡Qué fantástico siglo XX!

Toda una centuria instalado en el centro del bullir ciudadano, viviendo más vida que en mi propia vida. Soñando primaveras con olor a incienso. Esperando, siempre esperando.

Soy el único ser sobre la Tierra al que se le ha concedido el privilegio de contemplar más veces la representación de la Pasión de Cristo y el dolor infinito de la más hermosa de las Madres.

Así *VÍ VENIR* el Jueves Santo de 1909 al Dulce Nombre de Jesús Nazareno del Paso, sobre un pequeño y sencillo trono adornado con candelabros.

Dolor resignado de un Cristo con la cruz auestas. Esplendor y lujo en los detalles. Belleza y materiales nobles acompañaban a la procesión más suntuosa de Málaga.

Y su Madre, la Virgen de la Esperanza, de color moreno y rostro agitanado enmarcado en la clásica mantilla malagueña.

Preciosa imagen brillando en la oscura noche, del mismo modo que, sobre el negro, brillaban las estrellas de su trono.

Sólo este cortejo procesional pasó por delante de mí y, como otras veces, pude adivinar los sonidos de otras hermandades que efectuaron su recorrido por calles cercanas.

#### V

Aquel año de 1919, la Semana Santa, por eso de la Luna, tuvo lugar en abril, mes relacionado con la templanza de los días, la benignidad del clima y con la primera juventud.

Y yo recordé la mía porque, por primera vez, pude presenciar varias procesiones.

En los días anteriores, oí hablar de problemas políticos, huelgas, suspensión de garantías constitucionales y dificultades en el abastecimiento. Por todo ello, dudaba de que se efectuaran los desfiles penitenciales, sin embargo, el Jueves y el Viernes Santo, fueron inolvidables.

Una sección de la Guardia Civil, seguida por una banda de cornetas y tambores del Regimiento de Borbón, avanzaba por la Alameda procedente de la iglesia de Santo Domingo.

La cruz guía, los penitentes y el guión de la hermandad, me hicieron ver que se trataba de una cofradía que ya conocía: la del Cristo de Mena y Nuestra Señora de la Soledad.



Túnicas blancas de terciopelo, con capirotos y cíngulos negros, precedían al más artístico y mejor tallado de los crucificados malagueños.

Recordé mis visitas a aquella iglesia del Perchel, cuando alzaba la vista hacia lo más alto del retablo mayor, y allí estaba esa obra sin igual, esculpida, según decían después, por Pedro de Mena, cuando acabó de tallar el coro de la Catedral.

Venía sobre un trono pequeño, artísticamente elaborado con cuatro magníficos arbotantes con destellos de luces de acetileno, que alumbraban el rostro de María Magdalena, situada a los pies de la cruz.

Luego, túnicas negras con cíngulos blancos, marchaban delante del trono de la Virgen de la Soledad. Bellísima imagen de rostro pequeño y manos unidas conteniendo el dolor.

Detrás de esta procesión, volví a reencontrarme con el Nazareno del Paso y la Virgen de la Esperanza, observando algunas reformas con respecto a los años anteriores.

Misericordia y dolor en el Viernes Santo.

La representación de la primera caída de Cristo llevando la cruz al hombro y movimiento de una larga cabellera de pelo natural.

Y Dolor de Nuestra Señora ante Jesús de la Buena Muerte.

## VI

A punto de finalizar los felices años 20, llego a la conclusión de que, para mí, sí que fueron felices.

Inesperadamente, me vi rodeado de personas que se instalaban junto a mí y permanecían toda la semana a mi alrededor.

Y lo más sensacional, la alegría de contemplar todas las procesiones en su andadura por lo que llamaban recorrido oficial. Se había creado un espacio obligado para todas las hermandades. Yo era feliz sabiendo que se había elegido mi calle como uno de los lugares más señalados de los desfiles.

Por fin, pude *VER VENIR* todas las cofradías como era mi deseo, por eso, estos años 20, marcan el inicio de una nueva etapa de mi existencia.

A punto de finalizar esta década, a principios de 1929, los españoles se entristecieron con la noticia de la muerte de María Cristina de Habsburgo, aquella reina y madre de quien se dijo que “la soledad fue durante su vida su más amable compañera”. Hermosa y triste definición para una mujer que veló por el destino de un país y de un hijo.

Aquí, en Málaga, los días previos a la Semana Santa estuvieron señalados por la preocupación municipal en torno a la terminación de las obras que se estaban realizando en las calles por donde pasarían las procesiones.

La ciudad había ido creciendo en población, decían que ya éramos alrededor de 160.000 los habitantes de la urbe.

Había habido, también, un crecimiento cultural. Dos años antes, surgiría un movimiento poético importantísimo, plasmado aquí en una revista denominada "Litoral", a la que se le auguraba un brillante futuro.

Además, supe que el cronista de la ciudad, señor Díaz de Escovar, iba a iniciar sus trabajos sobre la historia de la Málaga moderna.

En el puerto, se registró, por esas fechas, una gran animación con la llegada, el Sábado de Pasión, del cañonero "Lauría", cuya dotación, cumpliendo órdenes del señor ministro de Marina, daría escolta y piquete de honor, el Domingo de Ramos, a Nuestro Padre Jesús a su entrada en Jerusalén.

Igualmente, se anunció la llegada, para el Lunes Santo, del vapor "Infanta Beatriz", con trescientos turistas que serían recibidos por las autoridades y que disfrutarían con nuestros desfiles procesionales.

El anuncio de los mismos, llegó a Málaga entera a través del cartel elaborado por León Astruc. Suntuosas procesiones organizadas por la Agrupación de Cofradías, entidad creada años atrás con el fin de proteger y cuidar los intereses de las hermandades pasionistas, y que se había instalado aquí mismo, en la Alameda.

Muy cerca de mí, supe que se situaría lo que llamaban "la comisión reguladora del desfile", encargada de controlar el cumplimiento de los horarios establecidos.

Me enteré de la edición de una importante revista —con un nombre muy adecuado— y de libritos y folletos, incluso en varios idiomas, describiendo a cada una de nuestras hermandades. Desde lejos, pude ver a varias personas que iban leyendo estas publicaciones.

Por todos estos motivos, sabía que este año "mis procesiones" prometían ser excepcionales.

Un día antes de la festividad de la Anunciación del Señor, Él mismo nos anunciaba su entrada triunfal en Jerusalén.

Sobre las seis de la tarde *VÍ VENIR* a nuestro Redentor con su mano derecha colocada a medio camino entre el saludo y la bendición. Precioso trono rodeado de flores que llenaban con su aroma la zona central de la Alameda.

Observé también el paso de una bandera que, decían, era la insignia de la Agrupación de Cofradías.

Ya de noche, nazarenos vestidos de blanco —algunos con capas rojas— acompañaban a Nuestro Señor durante la última Cena. Quedé sorprendido con la mirada y la posición de la única figura que se separaba de las demás, en cuanto a su actitud, y que llevaba en la mano la bolsa con los dineros de la traición.

¡Qué asombrosa coincidencia! El mismo día que la Iglesia conmemoraba la Encarnación del Hijo de Dios, dos hermandades aludían al misterio de la salva-

ción, representando el comienzo de la redención: la Oración en el Huerto y la Flagelación.

Yo estuve viviendo una temporada en la plaza denominada del Turco, muy próxima a la iglesia de los Mártires (por cierto, sé que hoy van a denominar a este emplazamiento con el nombre de Jesús de la Pasión) y, a menudo, visitaba la capilla de Nuestro Padre Jesús Orando en el Huerto, obra del insigne escultor Fernando Ortiz. Siempre llamó mi atención la original forma de los dos galones, en forma de punta, que llevaba Cristo en su cintura y que llamaban sardineta.

Desde este recuerdo, volví la vista hacia Él que, arrodillado, pedía al Padre que le apartase el cáliz del sufrimiento y del martirio.

A lo lejos, adiviné una ráfaga de luces que adornaban a una Virgen que llegaba en un pequeño y sencillo trono.

Al acercarse, vi sus dulces ojos alzados hacia el cielo y el resplandor que le conferían una media luna de plata a sus pies, la ráfaga que la rodeaba y la luminosidad de la corona.

El brillo y el color blanco de la plata hacían mención a la pureza virginal de Nuestra Señora, sin mancha alguna desde su Concepción.

A los pocos minutos de su paso, y cuando esta Hermandad se fue alejando de mí, contemplé el avance de un cortejo de túnicas moradas con casquetes de espinas.

En mi memoria había quedado el comentario de unos viandantes que, en días anteriores, hablaban de un gitano, de sobrenombre "Boquita de Oro", hermano mayor de la Cofradía de los Gitanos y de profesión, herrero. Inmediatamente, asocié estas consideraciones con el Cristo de la Columna de la Merced que, por entonces, algunos atribuían a Pedro de Mena. Unos angelitos le acompañaban en su diminuto trono de carrete.

En la Catedral existía un óleo sobre lienzo representando una imagen muy milagrosa de Jesús Nazareno cautivado por los moros de Fez y rescatada, posteriormente, por los Padres Trinitarios Descalzos.

Éste era el inicio de la devoción popular hacia el Cristo del Rescate que tuve, el Martes Santo, tercer día de mi Semana Mayor, delante de mí.

Después de sentir tan de cerca el comienzo de la Pasión, nuevamente, el sufrimiento, cuando el Hijo de Dios es Azotado en la Columna, Muere y es seguido por su Madre con el Mayor Dolor que Ella podía sentir ante la Vera Cruz. Fusión que había tenido lugar a finales del siglo en que yo viví en una hermosa iglesia de la calle Nueva.

De Santo Domingo procedía un Cristo Humillado, y, desde San Lázaro, el peso de la cruz le había hecho caer en sus Pasos hacia el Calvario.

La mayoría de los tronos que había *VISTO VENIR*, se adornaban con luces de acetileno. Con respecto a este asunto, sé que existían diversidad de opiniones, ya que algunos señalaban este sistema de alumbrado como irrespetuoso, más propio de fies-

tas profanas que religiosas, además de los inconvenientes y peligros que reunía. Por ello, se pedía, desde ciertos sectores, una vuelta a la iluminación clásica de la cera.

El Miércoles Santo viene ahora a mi memoria como el día de la Virgen. Era la primera vez que pude contemplar extasiado la belleza de las Dolorosas malagueñas.

Iniciando el precioso cortejo, la admirable hermosura de la Madre de Dios, llevando una Paloma en su mano, símbolo de paz que Ella transmitía a todos los que la miraban, a pesar del dolor de ver a su Hijo andar por "La Puente".

Y cuando el sufrimiento de Jesús, con el peso de la cruz era mayor, Ella lo manifestaba con una expresión doliente en el rostro, señalándonos su Amor.

La Virgen de los Dolores seguía a un Cristo crucificado y Expirante.

"Y para que los cuerpos no quedasen en la cruz el sábado, rogaron a Pilato que les rompiesen las piernas y que los quitasen... como vinieron a Jesús, viéndole ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con una lanza...". Así expresaba el evangelista San Juan una de las últimas escenas de la Pasión.

Extasiado y sorprendido por la elegancia y el lujo, admiré, debajo de su palio, la incomparable belleza y dulzura de una Virgen que caminaba llorando y Consolándonos. Ojalá hubiese podido girar mi cabeza para deleitarme en la contemplación de aquel espléndido manto color malva que, de frente, sólo alcancé a adivinar.

Santos Oficios del Jueves Santo, con la procesión de la Eucaristía al Monumento cantando himnos. Desde pequeño, acudía a esta ceremonia con mi familia en el comienzo de los días más tristes de la Semana Santa.

Nunca llegué a comprender el porqué de la sucesión ilógica de las procesiones. La noche del Miércoles, Cristo estaba en la cruz, al día siguiente, volvía a *VERLO VENIR* con la cruz a cuestas y padeciendo un Santo Suplicio. La Dolorosa de la Amargura llevaba delante a su Hijo cuando era despojado de su túnica antes de la crucifixión.

El Viernes, los altares estaban desnudos, las velas apagadas, todo indicaba aflicción y desconsuelo. Crucificado del Amor, Piedad, Soledad, Descendimiento.

En los últimos momentos de mi existencia, algunos miembros de mi familia y otros conocidos, fundaron una nueva hermandad para mostrar a Málaga el cuerpo sin vida de Jesús. Mi posición, entonces, como ahora, es privilegiada, porque consigo ver bien su figura, mientras que "los de abajo" siempre han encontrado dificultad para hacerlo. Un espléndido cortejo representaba a la oficialidad ciudadana.

En el transcurso de esta procesión, presencié un notable alboroto, que se produjo, según decían, por un accidente en el trono de la Virgen de la Soledad: una barra del palio se enganchó con el cable del tranvía y derribó un poste, hiriendo gravemente a una persona. Por un milagro, nadie resultó electrocutado, pero el incidente causó pánico entre los asistentes, que huyeron en varias direcciones. Los militares que participaban en los desfiles, "hicieron grandes esfuerzos para serenar los ánimos y ordenar las filas de los penitentes".



Plano frontal de la estatua en bronce del II marqués de Larios (Foto: Daniel González).



Palacio del Marqués de Larios en la Alameda Principal.

La recién creada Agrupación de Cofradías, organizó la procesión del día jubileo del Domingo de Resurrección. Del convento de San Bernardo llegaba la imagen que daba sentido a toda una semana pasionista y al sufrimiento de toda una vida.

## VII

Treinta y dos veces he visto llegar el invierno a los árboles de la Alameda y treinta y dos veces he visto reverdecer las hojas de esos árboles centenarios que la embellecen.

No sé por qué, pero algo me dice que, en esta primavera, la de 1931, las cosas no marchan bien en la ciudad, parece respirarse cierta tensión.

Con los primeros rayos de sol de la mañana del día 15 de abril, veo que una masa encolerizada de hombres, con pañuelos rojos colocados en sus cuellos y otros distintivos al uso en sus camisas, se acerca al lugar donde me instalaron otros hombres, muy diferentes a los que ahora se dirigen hacia mí.

Seis o siete de ellos se encaraman hasta lo alto del monumento y se colocan a mi misma altura. Me insultan y escupen, y acaban cumpliendo su objetivo, tirarme al suelo. Desde ahí, completamente tumbado, he oído decir: "arrojémosle al fondo del muelle".

Y yo me pregunto: ¿Qué daño he causado a estos hombres, cuando en realidad lo único que hice en vida fue ayudarlos?

Me arrastran, tiran de mí con unas cuerdas que colocan alrededor de mi estructura de bronce. En una de las vueltas que doy, veo que elevan, al sitio que yo ocupaba, una de las estatuas que me han acompañado desde la inauguración. Se trata de la de mi compañero, el obrero, también realizada en aleación de cobre y estaño. Por un momento se detienen para descansar y oigo a uno de los cabecillas comentar "en esta casa vivía el rico marqués, podríamos asaltarla después de arrojarlo".

Una vez traspasadas las rejas que separan el puerto de la Acera de la Marina, y entre los gritos del gentío, sólo ruego a Dios que no me devuelva a la oscuridad.

He permanecido 20 años en soledad, sin saber dónde estaba, y por fin empiezo a respirar.

El Ayuntamiento me restituye -el 21 de mayo de 1951- al lugar en el que fui colocado aquel lejano día de Año Nuevo de 1899. En un acto sencillo, sin parafernalia, retiran la lona que tapaba mi figura de bronce. ¡Qué distinto a la primera vez!

Recupero la vista y vuelvo a ver la Alameda, mi Alameda; recupero el olfato y vuelvo a oler intensamente las flores del Parque y el salitre del mar; recupero el oído y vuelvo a escuchar la vida que late en Málaga.

Retorno a mi primitivo pedestal en el que, a las antiguas inscripciones, se le añade una moderna por mi sucesor, el actual marqués de Larios y de Guadiaro, que así contribuye a la reparación del agravio del que fui objeto en 1931.

En estos veinte años de mi ausencia, veo distinta la Alameda. El palacete en el que nací y en el que me crié junto a mis hermanos Ana María Jesús y Martín, está en ruinas y sin que nadie lo habite. Mis familiares habrán pensado cambiar de domicilio por los inconvenientes de mantener un inmueble tan inmenso y por los recuerdos que se guardan dentro de sus muros. En su lugar, supongo que levantarán un enorme edificio.

Ya no se respira el ambiente de paz y sosiego de antaño, existe mucho trasiego de coches de motor. El paseo central de la Alameda, en otro tiempo peatonal, se ha convertido en una pista para que éstos pasen, bordeen mi rotonda y entren en la calle que lleva mi nombre. Pienso que debería haberse especificado en la rotulación de la misma que yo era el segundo marqués, puesto que mi padre, don Martín, fue el primero, y esto puede confundir a la ciudadanía.

Observo ahora que algunos de los establecimientos tradicionales de la Alameda no han cambiado de lugar.

Hacia la mediación de esta vía, hoy avenida del Generalísimo Franco, sigue instalada la empresa Automóviles Portillo, S. L., un servicio diario de autobuses que une Málaga a La Línea de la Concepción y a Algeciras, para que los viajeros enlacen con los vapores de Ceuta y Tánger.

Otro que tampoco cambia, es la Farmacia del Doctor Caffarena, que aún sigue ubicada en esta amplia avenida, esquina con la travesía urbana que mandé abrir.

Algunos, sin embargo, son nuevos. Por citar dos casos, la Sociedad Hidroeléctrica del Chorro, que ha establecido su centro de reclamaciones en el 23 de esta Alameda, y la empresa Toldos Iris, en el número 5.

También, desde mi puesto vigía, veo un letrero de una consulta médica, la del Dr. Ortiz Ramos, especialista en enfermedades de los nervios.

Después de mirar y mirar, y recordar si este lugar o aquel es nuevo o antiguo, llego a mi primera Navidad tras ser repuesto en mi pedestal. Oigo hablar a unos chiquillos que corretean a mi alrededor, que están instalando los quioscos y puestos de artículos navideños en la plaza de José Antonio.

Estoy interesado en saber qué tipos y modelos de bicicletas Orbea compran los padres a sus hijos, para el Día de Reyes, en el Garaje Sánchez Ramos del número 7 de esta avenida.

## IX

Sin darme cuenta, llego a 1959, fecha en la que se cumplen ocho años de mi regreso.

El edificio donde vine al mundo ya no existe, se ha derribado. En su lugar han construido uno nuevo, que los de esta tierra llaman "La Equitativa", por las enormes letras fijadas en la fachada y que evoca, con su remate constructivo, a los alminares que los malagueños islámicos contemplaban hace cinco siglos.

La última Semana Santa que vieron mis ojos fue la de 1929. ¡Treinta años sin *VERLAS VENIR!*

Supongo que muchas serán las novedades y cambios que experimentarán este año los desfiles procesionales.

El Domingo de Ramos, me invade el recuerdo de cuando era niño. Por la mañana, iba con mi familia de paseo y a oír misa a la Catedral. Por la tarde, después de comer, si había alguna procesión la veíamos en la plaza de las Cuatro Calles, donde mi padre reservaba todos los años un balcón para contemplarlas. Me impresionaba el enorme gentío que allí se concentraba. Ya no necesito ningún sitio, gozo de uno privilegiado, sin igual.

Este día soleado de primavera, contemplo emocionado a la Pollinica, que, como siempre, es acompañada de un gentío de niños, que dan colorido y vistosidad a la Cofradía.

Al día siguiente, de repente, oigo una melodía que me es familiar y que me traslada a los años en que realicé mis estudios de Ingeniería en la Escuela Central de París. En pocos minutos, compruebo que se trata del "Gaudeamus igitur", himno que cantan los portadores de un trono, para mí, desconocido. Hay un murmullo de las personas que tienen asiento y que comentan: "¡vienen los Estudiantes!".

A escasos metros, contemplo el trono del Señor Coronado de Espinas y me fijo en que sus portadores visten de forma inusual. A diferencia de los de la Pollinica, que van con túnicas como en los años veinte, éstos llevan trajes oscuros. Siguen su marcha entre la admiración popular.

Desde la iglesia del Santo Cristo de la Salud, viene acompañándole una Virgen que derrocha Gracia y Esperanza.

A continuación me sorprende el murmullo inquieto de una muchedumbre que va tras un trono que lleva un Cristo maniatado con una túnica blanca, Cautivo de nuestras culpas. Siguiéndole, una Madre con el nombre de un barrio: Trinidad.

Y por fin ¡el Miércoles Santo! Se vuelve a producir mi reencuentro con el Señor de la Puente y con el Nazareno que sueñan todos los presos de Málaga.

Leyendas malagueñas, ¿serán verdad?, ¿vendría el Cristo de las aguas? Llega en un costado y un soldado a caballo:

Descubra, Jesús mío, / pues estoy fluctuando, la costa de esas penas, / el  
puerto a mis naufragios. / Sea esa cruz la nave / que me lleve a su cargo,  
/ aunque por una banda / abierto trae el costado.



Se fueron todos a dormir, poco tiempo, porque así es la Semana Santa en Málaga, y ya están aquí de nuevo.

El recuerdo de una guerra que no viví pero que me impresionó por lo que contaban de ella, viene a la mente de todos con la presencia de un Cristo sin piernas, rodeado de personas que llevan en sus cuerpos las huellas de la misma barbarie.

Los sonos de la banda de cornetas y tambores del Cuerpo de la Legión levantan al público de sus asientos. Los nazarenos del Señor, con sus túnicas negras de terciopelo, avanzan hacia mí. No veo aparecer a la magnífica obra de imaginería barroca española en esta procesión.

En más de una ocasión, recé en su capilla a ese Cristo que, tanto los presentes como yo, echamos de menos.

Y otra vez la fragancia del romero vuelve a inundar mi Alameda.

¡Cuántos recuerdos, cuántas alegrías, cuántas emociones! ¡Qué maravilloso reencuentro con la Semana Santa!

El ayer y el hoy se fusionan ante mi presencia.

He quedado impresionado por el tamaño de los tronos. Antes eran pequeños, ahora son catedrales. ¿Tendrá algo que ver el obispo?

## XI

El tiempo ha pasado con rapidez. La Semana Santa de 1969 ya está aquí, pienso vivirla más intensamente.

En el desfile del Señor de la Puente del Cedrón un hecho me llama la atención: la suelta de palomas ante la Virgen, en el trayecto de la Alameda a la calle Larios. Todas se sienten atraídas por esta Señora de San Juan.

Y yo sigo preguntándome: ¿por qué será "La Puente"?

El público que está sentado comenta que, este año, el Rico sale así porque una "racha" de viento ha derribado el "tinglao", destrozando su trono. Para efectuar el recorrido procesional, otra Hermandad, en un acto de generosidad, cede sus andas al Señor de los presos.

En la radiante tarde del Jueves Santo, la calzada se inunda lentamente de nazarenos con hábitos de terciopelo burdeos, del color del vino, antecediendo a Jesús de Viñeros, colocado sobre un trono de carrete, característico de Málaga.

En la madrugada, el milagro se ha hecho realidad. La rosa roja, de la Virgen de la Amargura, se ha tornado en blanca.

## XII

La llegada de 1979 trae consigo que los españoles se sientan soberanos de su pueblo.

He visto pasar ante mí en este último período, al que llaman de transición, manifestaciones de partidos políticos, fuerzas sindicales y otros colectivos que pedían el fin de una etapa y el inicio de una nueva.

La verdad es que estos acontecimientos, políticos y sociales, me han tenido en vilo, pensando, sin querer, en abril de 1931.

Miedo infundado, porque éstos son otros hombres, y los días pasan y pasan y todo parece transcurrir con la más absoluta normalidad.

Consulto el calendario de mi memoria y observo que estoy en Cuaresma. Esto quiere decir que pronto van a llegar los desfiles de las cofradías y hermandades de Semana Santa, que tanto alegran la vida de esta centenaria Alameda.

Noto un cierto movimiento en mi entorno. Todos los días, un grupo de hombres se dispone a montar las pequeñas tribunas. Otro, descarga las sillas de los camiones que las transportan. Las farolas están siendo revisadas. Se instalan focos en los árboles. Los quioscos se colocan a ambos lados del paseo central. Todo parece estar preparado para la inminente llegada de la Semana Mayor de Málaga.

Poco a poco veo acercarse hileras de niños portando palmas, vestidos a la usanza hebrea.

La tarde ha caído. Las imágenes eran tan reales que me han dado idea de cómo debió ser Getsemaní. Sudor, sangre y agua de un Dios hecho hombre:

Aquella noche en el Huerto / empezó su canto al mundo, / haciendo tristes  
cadencias / al suelo el sudor purpúreo.

Un Cristo moreno atado a la columna es aclamado por una raza que expresa su júbilo cantando y bailando. Le hablan cómo a un compadre a este Señor "Manué", y yo recuerdo otras voces, resonando en mis oídos: "don Manuel, buenos días".

Tan lejos están aquellos días en que los malagueños me trataban y, sin embargo, yo no he dejado aún de oír sus saludos.

Hoy Martes, como casi siempre, el peligro de la lluvia, el más temido por los cofrades, se cierne sobre nuestra ciudad.

Cuando el reloj de la Catedral anuncia las cuatro y media de la tarde, sucede el hecho que nos temíamos.

Nunca he dejado de oír esas campanadas familiares. La deliciosa exageración de mis paisanos llamó poderosamente la atención de un poeta del otro lado del océano, quien, haciendo gala de un gracejo como el de nuestra tierra, escribía:

En la ciudad todo es de Larios: la propiedad, la influencia política están en poder de ese apellido. Vais por un paseo y encontráis una estatua del marqués de Larios. La calle principal de la ciudad es la calle Larios, todas las casas que forman esa calle pertenecen a los Larios, de los Larios son también otras cuantas regadas de la ciudad. Hay dos grandes fábricas de hilados con más de 8.000 trabajadores y de más está deciros que esa fábrica es de los Larios. Hay diez fábricas y refinerías de azúcar y pertenecen igual a la famosa familia. ¿Y ese gran asilo? De Larios. Desde Gibraltar hasta Almería, como dicen todo es de ellos. Málaga es la ciudad de los Larios. ¿Y la Catedral? ¿también será de ellos? La Catedral ¡NO! pero el reloj de la Catedral ¡SÍ!.

Ha dejado de llover.

La del manto de flores hace su entrada en la Alameda. Estoy *VIENDO VENIR*, por el patio de butacas de este efímero teatro, a la Virgen que lleva tras de sí, un jardín ambulante. ¡Qué frescura verla, si parece que hasta aquí llega su olor!

El dolor, el sufrimiento y el “quejío” de la imagen que la precede, implorando ayuda al Padre, hacen mella en mi recubrimiento de bronce. Por unos momentos, parece que vuelvo a la vida de los mortales, cuando noto que no puedo contener las lágrimas, al observarlo. Horas después, y ante su recuerdo, se mezclarían con las que caen del cielo.

En un suspiro, pasan los días y la Semana Mayor. Sólo falta que presencie el Viernes Santo.

A eso de las 8 de la tarde, cuando se inicia en mi Alameda el anochecer malagueño, percibo un silencio absoluto. Sólo el ruido de tres o cuatro tambores rompen esta quietud. Unos nazarenos con túnicas de ruán inundan la calzada con sus cirios encendidos, precediendo a la imagen de una Dolorosa. La austeridad de esta Cofradía se adueña totalmente de esta santa jornada.

Dos días después, una vez que veo al Señor Resucitado, me embarga una profunda melancolía, que se contradice con el triunfo de la vida sobre la muerte. La tarde del Domingo de Resurrección se me presenta triste. Unos trabajadores se dedican a retirar las sillas y a colocarlas en dos camiones. Después, una cuadrilla de hombres comienza a desmontar las tribunas pequeñas de la Alameda. El Lunes de Pascua ya no quedarán indicios de lo vivido.

Trescientos cincuenta y tantos días por delante...

### XIII

En mi tiempo, participé, al igual que tantos otros hombres de negocios, en obras de transformación que se llevaron a cabo en el centro de la ciudad, cam-

biando, por completo, la fisonomía urbana de algunas calles insalubres y angostas donde apenas entraba el astro sol.

Luché mucho por modificar mi ciudad, queriendo equipararla a otras que había conocido en Europa. Insistí en el proyecto del Parque y en el del Guadalmedina. Empeño inútil por los inconvenientes y limitaciones que siempre estaban presentes.

En cierta ocasión, hablando con un periodista, me desahugué ante la impotencia al contemplar que mis sueños urbanísticos quedaban sólo en eso: "Matan el deseo, quitan las ganas de pensar en contribuir a las mejoras necesarias, pues en vez de dar facilidades, obstruyen el camino".

#### XIV

Ahora, en 1987, oigo ruidos a mis espaldas todas las mañanas. Mi compañero, el obrero, que de esto sabe, me indica que están de obras. Dice que van a levantar la Acera de la Marina para construir un aparcamiento.

Cada día los ruidos son más cercanos a mi ubicación y no tengo más remedio que preguntarme ¿afectarán estas obras a mi emplazamiento?

A las nueve de la noche, del día 29 de julio, cuando suena el reloj de la Catedral se para, en la isleta que me antecede, una camioneta de Mantenimiento y Conservación del Ayuntamiento, por lo que leo en una de sus puertas. Poco después, llega una grúa.

Los operarios que bajan del vehículo, instalan a mi alrededor un andamio. Se suben varios de ellos en ese armatoste metálico. Con un cable me dan vueltas al cuerpo y, a continuación, avisan al que maneja la grúa para que dirija el gancho. Éste lo hace con precisión, elevándome, unos segundos, por encima de la copa de los árboles de la Alameda, hasta aterrizar en la parte trasera de un camión que acaba de llegar.

¡Qué fecha tan triste para mi persona! Hace hoy, exactamente, 92 años de los peores momentos de mi vida.

Fui, esperanzado, a París. Decían que allí mi irremediable padecimiento de diabetes iba a encontrar un alivio. Pero todos tenemos los días contados y mi existencia tocaba a su fin. Cuarenta y ocho horas más tarde, parece que el santo de Loyola le comentó a Dios que en la gloria querían verme. Y allí, en la calle Pierre Charron, me encontré con El que tantas veces, ahora, y desde aquí, *VEO VENIR* por la Alameda.

También colocan en el coche a mis queridos compañeros. Ella me dice que "el bebé más lindo de Málaga" se ha puesto a llorar.

Me aprietan a unas barras protectoras y me echan encima una lona. Siento el temor de no volver más a este lugar. No sé lo que realmente pasa. Espero que no sea otro 1931.

Pero la tranquilidad me llega cuando comentan que, durante las obras de la Acera de la Marina y la remodelación que se proyecta en la confluencia entre la calle Larios y la Alameda, aprovecharán para nuestra restauración, en la que se procederá a la limpieza de los bronce, reposición del brazo roto del niño y otros desperfectos, y que nos colocarán de nuevo tras las fiestas de Semana Santa de 1988.

Tras un trayecto, aproximadamente, de 15 minutos, llego al punto de mi destino. Me destapan y veo que estoy en un almacén, llamado "El Duende" por el rótulo que hay escrito en la pared.

La grúa entra después y me traslada a una nave. En este lugar, pasan los días, las semanas y los meses.

Los nueve que dijeron tardarían en reponerme, han pasado. Igual que el verano, el otoño y el invierno.

En éste, mi segundo exilio, percibo el olor intenso a azahar, señal de que llega la primavera.

¡Qué dolor más grande no estar contemplando los desfiles procesionales en mi Alameda!

Con tristeza me doy cuenta de que la Semana Santa de 1989 ha pasado.

Vuelvo a contar los días, las semanas y los meses. Otros nueve han transcurrido. Sigo aquí y es Navidad. Muchos recuerdos me invaden, pero no por ello voy a entristecerme.

Una de estas mañanas, se abren las puertas de la nave donde me hallo, entran unos técnicos y operarios. Los primeros dan órdenes a los segundos de la forma en que tienen que limpiarme.

¡Qué alegría! ¡Por fin! ¡Cuánta espera!

Pronto volveré a ver la calle. Desconozco si el lugar es el de siempre o uno nuevo que tengan reservado para mí.

Es día 1 de enero de 1990, cumplo 91 años de mi segunda existencia. ¡Qué tristeza más grande celebrarlo de esta forma!

Ha pasado la festividad de los Reyes Magos y no he podido contemplar las carrozas de la Cabalgata, ni ver la cara de los niños acompañados de sus padres.

Ha llegado el momento. Hoy, 8 de enero, me trasladan. Oigo una máquina, es la grúa, viene a por mí. Me eleva y me coloca en un camión, donde se encuentra un grupo de hombres de estos talleres vistiendo monos azules.

Vuelvo a vivir ese temor de hace tiempo. ¿Cuál será mi destino?

El vehículo que me transporta se detiene. Otra vez la misma ceremonia de levantar los paños. Veo el azul intenso del cielo de Málaga. Es, sin duda, obra sublime de Dios.

Puedo ver los árboles centenarios de la Alameda e, incluso, un buen número de iluminaciones navideñas apagadas.

En la calle, hablan de elevarme y colocarme en mi pedestal, que ha sido modificado para permitir un original efecto estético desde el subterráneo del aparcamiento.

Mientras me suben, veo totalmente cambiada la Acera de la Marina y a los pies de mi monumento, han colocado dos entradas de acceso a la nueva obra.

Mi rotonda ha cambiado, es más ancha pero yo sigo aquí, en el mismo lugar que escogieron, para mí, unos hombres de bien en el siglo pasado.

## XV

He vivido muchas celebraciones pasionistas en el tiempo que llevo colocado en este sitio tan privilegiado de la ciudad.

Los malagueños se han identificado tanto con mi presencia durante la Semana Santa, que he oído decir cómo, hace pocos años, incluso se llegó a hablar de mí en un pregón, vinculándome con la Cofradía del "Señor de Málaga":

¡Estás de nuevo en tu barrio Trinidad! / Y al final de la Alameda / dicen,  
que el Marqués de Larios / siente en su cuerpo de bronce, / que está muriendo de celos, / por no nacer trinitario.

Este año, de 1999, voy a vivir la que conmemora el primer siglo de mi establecimiento.

Si yo viviese, como un mortal más, sería objeto de infinidad de felicitaciones, puesto que cumpliría cien años de vida. Sin embargo, me parece suficiente estar subido en este monumento que me tributara mi ciudad. ¡Qué mejor regalo puedo tener!

Pienso que la Semana Santa es uno de los elementos diferenciadores de Málaga, junto al sol y a las temperaturas, claro está.

Esta tradición, de sacar tronos a las calles, se mantiene, por lo que sé, desde hace cinco siglos. No existe otra que se le pueda comparar.

Vivo con detalle y, a la vez, con expectación los preparativos que se efectúan ante la inminente llegada de la Semana Mayor. Faltan todavía dos semanas para el Domingo de Ramos y el montaje de las tribunas ya se lleva a cabo. Las sillas suelen traerlas tres o cuatro días antes. Están instalando, a mi alrededor, unas cámaras "grandes" con demasiados cables. No sé para qué servirán. Seguramente un invento nuevo. Hasta veo pasar, por las noches, camiones tirando de tronos.

El pulso de la vida de la Alameda siempre se altera por estas fechas, que coincide con la llegada de la primavera.



El Nazareno del Paso, de la popular cofradía de la Espereanza, en la Alameda Principal  
(Foto: Juan Jesús Palacios).



N. P. Jesús de la Pasión dando la vuelta a la rotonda del marqués (Foto: Daniel González).

Y así... van pasando los días.

Hoy, Sábado de Pasión, víspera del Domingo de Ramos, la Alameda, mi Alameda, está algo agitada. Un ir y venir de gentes cruzan de un lado a otro la calzada. A lo lejos, muy a lo lejos, el aire me trae algunas notas musicales.

La tarde de este Domingo, se presenta muy calurosa. Las sillas y tribunas son ocupadas por los abonados. El público de a pie se coloca en lugares donde pueda ver el paso de las cofradías.

Me llegan olores de todo tipo: de palomitas, de frituras de pescado, de algodones y manzanas de caramelo...

Escucho los sones de una banda de música. Se acercan nazarenos blancos. ¿A qué cofradías pertenecerán? De la Pollinica no son, porque salió esta mañana. El trono del Señor, el único que aparece, anda acompasadamente. Veo, a escasos metros, que se representa a Jesús con la cruz a cuestas, saludando a las Marías y portando, una de ellas, un paño con su cara.

Otros nazarenos blancos con el escudo de la Merced en sus capirotos, conocidos por los malagueños como los "Servitas blancos", desfilan antecediendo a un trono en el que se escenifica la Presentación al Pueblo.

"La Señorita de la Victoria", como oí que la llamaban, acompañada de San Juan, llora resignadamente ante el destino del "Ecce Homo".

La noche ha caído, y después de pasar la Cofradía del Huerto, hago recuento de las que he visto: 7, ni más ni menos.

En el atardecer del Lunes Santo, examino a una Hermandad que no me resulta familiar. Reflexiono por un momento y, de repente, recuerdo que la bellísima Dolorosa, que sigue al Crucificado, la conocí en una capilla que se encontraba en el estribo del Puente, el que unía la calle Marqués con la iglesia de Santo Domingo.

Por más que intento detener el tiempo, éste pasa inexorablemente. Los días del martes, miércoles y jueves han superado el calendario. A las tradicionales corporaciones de nazarenos, se han unido otras alentadas por jóvenes cristianos procedentes de zonas alejadas del centro de la ciudad.

Sólo me resta por vivir de esta Semana Santa, el día de hoy, en que el Señor ha muerto.

Las luces se apagan. Las gentes callan. Suena el redoble del tambor. Los Siervos de María elevan sus rezos y oraciones a Dios. Avanzan hacia mí cuatro nazarenos portando ciriales. Le siguen a éstos dos hileras de cirios encendidos, iluminando la calzada que recorre la Virgen de los Dolores, compungida y llena de dolor.

Los cortejos procesionales de esta jornada, la que da paso a la de la Resurrección de Jesucristo, han discurrido brillantemente.

En los años que llevo aquí, he visto realizados todos mis deseos, excepto uno: me gustaría volver a ver el inigualable y bello rostro de la Virgen de la Victoria.



Tuve la suerte de pertenecer a esta Hermandad como hermano mayor honorario. Lástima que la Alameda no sea paso obligado de su encuentro con los malagueños.

Desde aquí, entre un año y otro, vivo la vida de los ciudadanos con la mirada puesta, entre los árboles, en la única referencia cofrade que alcanza mi vista: la casa hermandad de una Cofradía que pasea por las calles y plazas de la ciudad dos tronos museos, que evocan el último aliento de un Cristo antes de morir y los Dolores de su Madre.

Por cierto, ¡ya sé por qué es “La Puente”...!

## XVI

Y mirando a la Alameda, pido a Dios que me permita seguir, aquí y así, otros cien años *VIÉNDOLAS VENIR*.

### LA BASE DOCUMENTAL DEL ENSAYO HA SIDO LA SIGUIENTE:

ÁLVAREZ GARCÍA, C. I., y VV. AA., *Esperanza Nuestra*, Málaga 1988.

ANTÍFONA DE CUARESMA (“Me invocará ...”, pág. 10).

ARCHIVO CABILDO CATEDRAL DE MÁLAGA. Actas capitulares de: 31-7-1895; 2-8-1895; 9-8-1895; 24-8-1895; 7-11-1895; 20-11-1895; 22-1-1896; 6-2-1896; 3-3-1896.

ARCHIVO MUNICIPAL DE MÁLAGA. Actas capitulares de: 31-7-1895; 22-1-1896; 7-2-1896; 11-3-1896; 1-11-1897; 31-3-1897; 17-9-1897; 25-3-1898; 1-4-1898; 23-12-1898; 28-12-1898; 1-1-1899; 3-2-1899; 17-2-1899; 8-3-1899; 17-3-1899; 29-3-1899; 19-1-1951.

BARRANQUERO TEXEIRA, E., *Málaga entre la guerra y la posguerra. El franquismo*, Málaga 1994.

BECKER, U., *Enciclopedia de los símbolos*, Barcelona 1996.

BOLETÍN INFORMATIVO DE LA ILUSTRE Y VENERABLE HERMANDAD SACRAMENTAL Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE NTR. PADRE JESÚS DE LA PASIÓN Y MARÍA STMA. DEL AMOR DOLOROSO, núm. 84, Málaga, marzo 2000.

BOLETÍN MUNICIPAL DE MÁLAGA, 1929.

CARRERA HERNÁNDEZ, D., *La casa de las viudas (Una historia de los años 30)*, Málaga 1992.

CLAVIJO GARCÍA, A., *La Semana Santa malagueña en su iconografía desaparecida*, t<sup>o</sup> I y II, Málaga 1987.

DARÍO, R., *Obras completas*, tº III.

HABSBURGO-LORENA, M<sup>a</sup>. C. de. *Estudios sobre la Regencia (1885-1902)*, Estudios Superiores del Escorial, 1892-1992.

DIARIO DE MÁLAGA, enero de 1936.

DIARIO SUR, meses y años: mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre y diciembre de 1951; marzo de 1959; abril de 1969; julio de 1987; enero y febrero de 1989; enero y febrero de 1990; noviembre de 1991.

DICTAMEN emitido por los Excmos. Señores don Cristino Martos, don Augusto Comas y don Germán Gamazo abogados del Ilustre Colegio de Madrid evacuando la consulta formulada por don Martín Larios y Larios y su esposa doña María del Pilar de León de Larios sobre los recursos que han interpuesto y acciones que han ejercitado contra las pretensiones deducidas en expediente de jurisdicción voluntaria por su señora madre doña Margarita de Larios y Martínez marquesa viuda de Larios para que se la nombrase curadora ejemplar del indicado don Martín, Madrid, tipografía de Manuel Ginés Hernández impresor de la Real Casa, Libertad 16 duplicado 1888.

EL CRONISTA, 1896.

EL REGIONAL, abril de 1919.

ESCOLAR GARCÍA, J., *Un reportaje histórico: Los sucesos en Málaga de mayo de 1931*.

ESTRADA SEGALERVA, J. L., *Efemérides malagueñas*, Málaga 1970.

GARCÍA GÓMEZ, F., *Los orígenes del urbanismo moderno en Málaga: el Paseo de la Alameda*, Málaga 1995.

GARCÍA SÁNCHEZ, L., *Pregón de la Semana Santa de 1994*, Málaga 1994.

GONZÁLEZ ANAYA, S., *Las vestiduras recamadas*, Barcelona 1932.

HOMENAGES (sic) *tributados á la buena memoria del Excmo. Sr. D. Manuel Domingo Larios, marqués de Larios*, Málaga 1895.

JIMÉNEZ QUINTERO, J. A., *Riojanos en Málaga*, Málaga 1971.

LA HOJA DEL LUNES, marzo de 1959.

LA UNIÓN MERCANTIL, marzo de 1901.

MÁLAGA, *Guía del Turista*, 1929.

MATEO AVILÉS, DE, E. (Coord.) y VV.AA., *La Semana Santa malagueña a través de su historia*, tº III, Málaga 1987.

MORALES FOLGUERA, J.M., "Alumbrado público y urbanismo en Málaga durante el siglo XIX", *Baetica* nº 4, 1981.

MORALES FOLGUERA, J.M., *Málaga en el siglo XIX*, Málaga 1982.

MUÑOZ CERISOLA, N., *Guía de Málaga*, 1894.

NADAL, A., *Guerra Civil en Málaga*, Málaga 1985.

OVANDO Y SANTARÉN, J., *Ocios de Castalia en diversos poemas*, Málaga 1987. (Todos los poemas pertenecen al mismo autor).

PASTOR PÉREZ, F., *Arquitectura doméstica del siglo XIX en Málaga*, Málaga 1980.

*PATRIMONIO ARTÍSTICO Y MONUMENTAL*, Ayuntamiento de Málaga 1990.

QUILES FAZ, A., *Málaga y sus gentes en el siglo XIX. Retratos literarios de una época*, Málaga 1995.

*REVISTA "GUIÓN"*, años: 1969 y 1979.

*REVISTA "LA SAETA"*, años: 1929, 1949, 1959 y 1999.

*SINDICATO DE INICIATIVA Y PROPAGANDA DE MÁLAGA, PROGRAMA DE FIESTAS*, *Guía compendiada de la ciudad*, Málaga 1911.

SUÁREZ PANEQUE, M. (Coord.) y VV. AA., *I Centenario fundacional de la Real Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad 1894-1994*, Málaga 1994.

URBANO CARRERE, R. A., *Guía de Málaga*, 1901.

VALERO ENFEDAQUE, B., *Guía oficial comercial, industrial, profesional y de vecindario*, Anuario General de Málaga 1930.

*VIDA GRÁFICA*, marzo de 1929.

WOOLSEY, G., *Málaga en llamas*, Málaga 1998.

#### NOTA:

- <sup>1</sup> El presente trabajo está redactado en la modalidad de ensayo. Se fundamenta en una base histórica real, aunque la recreación literaria sea, en algunas ocasiones, imaginaria.